

La muerte de unos periodistas

Nos dejó primero Hugo Díaz, por enfermedad terminal; al poco tiempo, Parmenio Medina, asesinado de manera bestial. Cada uno era como una hermosa "flor de trigo" en los campos primaverales de mi tierra.

Quiero reflexionar sobre ellos, ya más allá del sobrecogimiento del momento. Lo hago con simpatía, en el original sentido de la palabra: sufriendo con ellos, por ellos y su familia. Con más de una década como crítico de teatro en *La República*, tres lustros de agregado de prensa



VICTOR VALEMBOIS

y ahora no sé cuántos años en *La Nación*, entre lo cultural y artículos de opinión, con el perdón de ustedes, me siento miembro del gremio. Sin colegiatura ni formalidades, debo señalar que las salas de redacción y el ajetreo inherente a ellas no me resultan ajenos.

A don Hugo y a don Parmenio los separaban distintos orígenes, instrumentos y estilos, pero los dos eran profesionales de los grandes, ambos de tipo popular, prácticamente de la misma generación, y la "pelona" consiguió con ellos un raro igualitarismo, que sí conviene perseguir. No me refiero a su búsqueda (a los dos les sobraban todavía ganas de dibu-

...no significa la muerte del periodismo

jar y de investigar), sino que su muerte provocó en la reacción de la gente una especie de unanimidad. En efecto, a ambos se les aplicó el calificativo de "hombre bueno", epíteto que va más allá de banderío político, religioso o de la índole que sea.

A prueba de acusaciones. Aunque con veta diferente, uno con la caricatura y otro por la radio, ambos se dedicaron con ahínco y durante décadas a la denuncia masiva. Sin caer en la *opinionitis* indiscriminada que prevalece, esta exige una disciplina interna y una extensa labor de documentación. En el caso de don Hugo, implicó toneladas de dibujos sin publicar, muchas lecturas, cantidad de interpretaciones, porque su oficio en realidad es de síntesis, de captación del ángulo preciso, inaudito. En el de don Parmenio, igual, no era cosa de hablar sin ton ni son ante el micrófono, sino de buscar pruebas, de montar todo un andamio a prueba de acusaciones.

Además, los dos lo hicieron con arte, creando personajes, en este caso casualmente muy populares. Por

los cuadritos del primero, el chonete queda para siempre asociado con el campesino buen tico (véase el libro *Díaz todos los días*), mientras las voces del segundo durante décadas mantuvieron una modalidad de teatro cuyo éxito muchos envidiaban (en paralelo: quizá convendría editar un CD con las mejores "patadas"). Nueva asociación: se trata de dos vehículos expresivos supuestamente simples y menores, pero que, bien empleados, calan muy hondo. Dignificando cada uno el género de su preferencia, sus autores lo dignificaron por la forma y, respecto al fondo, los dos llevaron a la práctica el viejo adagio romano de "riendo decir verdades".

Ahora se callaron. Allí sí, con una diferencia enorme: a don Parmenio lo acallaron. "¿Quién lo mató?, como rezan ya los *graffiti*. Horrible ese término de *a-justicia-miento*, porque miente y miente, hasta en el nombre: lo que se cometió fue precisamente una *in-justicia*. Medina algo tenía de Voltaire: hace poco declaró saber quién estaba detrás de toda esta situación, "pero si tengo que morir diciendo la verdad, lo haré".

Ahora, que descansen en paz, los dos. Retomando el inicio, la muerte de dos periodistas no es la del periodismo. Pasado el dolor, en términos bíblicos, el grano tiene que morir; pero... ¿está listo el relevo?